

A vueltas con el Estrecho de Gibraltar

Jorge Dezcallar*

DESDE un punto de vista histórico es innegable que el Estrecho Gibraltar ha representado tanto una barrera entre Europa y África como un camino que ha sido testigo de excepción de las relaciones entre ambos continentes.

Así, los últimos descubrimientos en el campo de la paleontología indican que, si bien los descendientes de la «Eva negra» no llegaron a Europa desde África del Norte sino a través de Oriente Medio y los Balcanes, no es menos cierto que los últimos neandertales conocidos hasta la fecha vivieron hace treinta mil años precisamente en el Peñón, aunque parece que no pudieron cruzar a la otra ribera, al contrario que las numerosas aves que desde tiempo inmemorial atraviesan el Estrecho en uno u otro sentido, en masivas migraciones, en busca del clima adecuado en cada época del año.

Y si esto ocurre entre el norte y el sur y el sur y el norte ¿qué decir de las corrientes vivificadoras que desde el Atlántico alimentan lo que fue un mar cerrado hasta la titánica ingeniería de Lessep?

Pero no se trata aquí de paleontología ni de biología animal. Menos aún

* Diplomático, Embajador de España en Marruecos.

de corrientes marinas. Lo que se pretende es tan sólo sobrevolar la zona del Estrecho de Gibraltar durante períodos históricos recientes con objeto de constatar que en lo que se refiere a África y Europa, a lo que hoy son España y Marruecos, las relaciones han sido siempre muy intensas al margen y a despecho de los 14 kms de agua que las separan.

Hay varios momentos históricos a considerar:

Breve recorrido histórico

DURANTE la época romana tanto la Bética como la Mauritania Tingitana dependían de un poder foráneo que, por intermediación de Hispalis y de Tánger, dotó a ambas zonas de sistemas semejantes tanto en el plano de los valores como de las instituciones. ¿No tienen acaso la misma disposición en torno a un patio central la casa árabe y el cortijo andaluz, que podría probar un ancestro común en el domus romanus?

Y cuando este orden es subvertido por la amenaza exterior de Asdrúbal y Aníbal, el Estrecho no separa sino que une porciones de un mismo imperio, regido esta vez desde el Sur, desde Cartago a través de Cádiz y Cartagena, que llega a suscitar lealtades como la trágica de Sagunto algo más al norte.

La factoría atunera de Baelo Claudia, cerca de Barbate, ¿no es un antecedente de lo antiguas que son nuestras relaciones en un ámbito como el de la pesca, que puede en ocasiones llegar a ser muy conflictivo? Desde Baelo Claudia se exportaban salazones a la misma Roma, donde era particularmente apreciada una especie de «ketchup» bimilenario que consumían los más delicados paladares de la corte imperial.

Todo este mundo se trastoca con la caída del Imperio romano ante el empuje de los pueblos bárbaros del Norte. Nuestra Hispania y el Magreb son invadidos. Los suevos se instalan en Galicia, los vándalos en Andalucía (Vandalucia) y los visigodos en el resto. Acabaron imponiéndose éstos, que unificaron la península con Toledo como capital.

El Estrecho lo cruzó otra tribu «bárbara», los alanos, que explican todavía hoy en día las tecs pálidas, los cabellos claros y ojos azules con que uno se tropieza con harta frecuencia entre los bereberes del norte de Marruecos.

En aquella época no había grandes diferencias entre uno y otro lado del Estrecho, aunque ya desde la Península se iban estableciendo una serie de plazas fuertes a lo largo de la ribera sur del Mediterráneo. El famoso Conde

Don Julián estaba ya entonces –Siglo VIII– al mando de la de Ceuta, que entregó al invasor musulmán cuando éste llegó de Oriente en una campaña relámpago, en lo que la leyenda ha querido ver oscuras historias de amores y ambición.

La derrota del Río Guadalete, la probable muerte y en todo caso segura desaparición de Rodrigo, el último monarca visigodo, abrió paso a otro período en que ambas orillas del Estrecho –de nuevo– estuvieron unidas política y culturalmente.

La presencia árabe duró en España 800 años aunque quedaron moriscos en número importante durante otros cien, hasta su definitiva expulsión en tiempos ya de Felipe III.

Fue una época de inolvidable esplendor cultural en Al Andalus. Había algo en el ambiente que hizo que la semilla que el Islam había sembrado en medio mundo germinara allí de forma prodigiosa. Nada hay en todo el mediterráneo del sur comparable a la Alhambra de Granada o a la Mezquita de Córdoba. Por no hablar del refinamiento poético del «collar de la paloma» o del rescate y repensamiento por Averroes de la tradición aristotélica, símbolo de la feliz simbiosis entre Oriente y Occidente que se producía en tierras andaluzas.

Y cuando el Al Mutamid de turno sobrepasaba ciertos límites de decadencia creadora, el viento cálido del desierto de Marrakech enviaba hacia el norte bocanadas purificadoras de las costumbres y revitalizadoras de la fe en forma de almohades y almorávides. ¿Hay mayor hermanamiento arquitectónico que el de la Giralda sevillana con la torre Hassan de Rabat o la Kutubia de Marrakech?

La caída del reino Nazarí de Granada dio lugar a un largo período de ignorancia recíproca. La batalla de Alcazarquivir, llamada también de los 3 Reyes, puso fin, con la muerte de Don Sebastián de Portugal, a toda tentativa de continuar hacia el sur, ya en tierras de África, el espíritu de cruzada. Protestantes en Europa y turcos en el Mediterráneo abocaron a la Monarquía Hispánica a un intolerante integrismo religioso del que acabó siendo víctima por asfixia, tras haberse auto-aislado durante años del mundo donde circulaban libremente las ideas.

Marruecos vivía esos mismos años inmerso en desórdenes internos –en muchos casos fomentados desde el exterior– sucediendo momentos de corto esplendor a otros, los más, de decadencia e inestabilidad política.

Los contactos fueron escasos. España y Portugal –unidas durante 80 años– se dotaron de un rosario de plazas en las costas de África tanto por razones defensivas como por razones comerciales y las actividades de pirate-

ría —de Salé y Argel sobre todo— apenas rompían la monotonía de ese recíproco vivir de espaldas, y producían cautivos que generaban ricos rescates. En ocasiones los cautivos contaban sus experiencias, como es el caso del gentilhomme portugués D. Antonio de Saldanha, que en su *Crónica de Almançor, Sultão de Marrocos*, recuerda con mucho detalle la vida en la corte de Marrakech a fines del siglo XVI.

La época moderna

LA Ilustración sacude los espíritus en Europa y prepara el terreno para la revolución en el mundo de las ideas, de la política y de la industria. Es la época de la razón, de los grandes descubrimientos científicos y de las expediciones que ayudaron a conocer y comprender mejor el mundo en que vivimos. Jorge Juan, Cook y la Bouganville recorren el mundo; Mutis y Linneo clasifican las plantas y Lamarck y Darwin alumbran la teoría de la evolución de las especies. Con otros muchos. Todo esto despierta la curiosidad por ver cómo viven los demás y se utilizan sus pretendidos puntos de vista para criticar lo propio. Montesquieu escribe sus «Cartas Persas» y Cadalso «Las Cartas Marruecas». Mientras Godoy envía a Marruecos a un oscuro aventurero, Domingo Badía, disfrazado de Ali Bey.

Pero no es sólo curiosidad lo que lleva a los europeos otra vez fuera de sus fronteras naturales: es la necesidad. La revolución industrial exige materias primas y la forma más barata de obtenerlas —no la más justa— es la creación de los grandes imperios coloniales.

Cuando otros empiezan a crear los suyos, España está todavía lamiéndose las heridas de la pérdida de todas las Américas. Quiere esto decir que España no está en condiciones de hacerse con otro imperio colonial y llega tarde al reparto de África. Tan tarde que cuando quiere reaccionar sólo queda Marruecos al margen de la codicia de sus vecinos europeos. Un Marruecos que nunca ha perdido su independencia, pero que es pobre, endeudado y debilitado por endémicas luchas intestinas.

Así, después de 300 años se renueva el interés de España por África. Esta vez se disfraza de obligación moral, de deber de compartir «la civilización» con aquellos seres humanos que, los pobres, todavía no gozan de sus ventajas. Si la colonización de América se hizo portando en una mano —que no sabía lo que hacía la otra— la bandera de la evangelización, ahora la historia se va a repetir. Una mano seguirá haciendo lo de siempre y la otra enarbolará la bandera de la civilización.

El propio Azaña combinaba todavía la razón de Estado con el objetivo de «civilizar el país» y dar a España lo que llamaba «un pequeño campo de expansión comercial, industrial y territorial». Más o menos lo mismo que habían dicho con anterioridad gentes como Galdós, Cánovas, Costa, Canalejas, Romanones, Maeztu...

Y esto vale desde la campaña de Tetuán de 1860 hasta el fin del Protectorado español en Marruecos. A España en el reparto imperial, le tocó bailar si no con la más fea, sí con el más pobre, el Rif.

Los casos del Sáhara y de Sidi Ifni son diferentes. Allí España permaneció por consideraciones, más desnudamente estratégicas relacionadas con la defensa de las Islas Canarias, que por otros motivos, si bien al final de un período titubeante se vio arrastrada tanto por los vientos de la descolonización como por las promesas hechas a los saharauis y las presiones de Marruecos en un momento de vacío político interno. Pero ya era demasiado tarde y ese desentendimiento sigue dolorosamente vivo en el alma de los protagonistas de aquel desencuentro.

La Segunda Guerra Mundial la ganaron los norteamericanos que no tenían colonias y que acabaron con los imperios coloniales de los demás, mientras buscaban una fórmula novedosa para labrarse el suyo propio, más original y más acorde con los tiempos, más de tipo económico que político.

Desde entonces han sucedido muchas cosas en el mundo, siendo quizás las más importantes las que tienen que ver con la mundialización de la economía en un contexto político de monopolio estadounidense tras la implosión soviética. Los europeos lideran un apasionante proceso de integración regional y han creado la Unión Europea que en sus 40 años de existencia ha proporcionado al continente más paz y más desarrollo que ningún otro período anterior de su historia milenaria.

Europa es atractiva y si en el siglo XIX fue a África en busca de materias primas, ahora, en el siglo XX, África viene a Europa en busca de trabajo, en un nuevo fenómeno migratorio que, a diferencia de los prehistóricos, esta vez sí que utiliza el Estrecho de Gibraltar, y que es impulsado en ocasiones por auténticos mercaderes de la muerte —pateras— que envuelven en ilusión un incierto futuro de miseria y marginación. Todo el respeto que merece el emigrante se vuelve desprecio ante quienes se lucran con la necesidad ajena.

En todo caso, a lo largo de la Historia con mayúscula, el Estrecho de Gibraltar nunca ha impedido los contactos humanos entre ambas riberas, que se han beneficiado de los mismos con un enriquecimiento recíproco.

El futuro

EL gran riesgo de hoy es que el Estrecho se convierta en divisoria de dos mundos separados por abismales diferencias económicas y por diferencias culturales que algunos desearían irreductibles. Es la caricatura de la Europa-fortaleza frente a la xenofobia del islamismo radical, son las profecías que auguran conflictos entre civilizaciones. A nadie interesa que esto suceda y menos aún a los habitantes de las zonas limítrofes, que serían los primeros aunque no los únicos en pagar las consecuencias del desentendimiento.

Pero no es un problema fácil de resolver: se pueden hacer muchas cosas para facilitar o reglamentar la emigración (los españoles sabemos lo duro que es tener que emigrar) pero eso no resolverá el problema porque se haga lo que se haga nunca será suficiente. Por ello es necesario contribuir a la creación de riqueza y desarrollo en el Magreb, de forma que existan puestos de trabajo que ayuden a la fijación de la población y disminuyan el ansia de emigrar, lo cual implica cooperación e inversión desde el Norte y creación de unas condiciones desde el Sur que hagan segura y atractiva esa inversión. Es algo que hay que hacer no sólo por razones éticas y de solidaridad. Es el interés nacional egoísta el que demanda un Magreb desarrollado económicamente como presupuesto para el logro de la paz social y de la estabilidad regional. Si ésta no existe, nosotros en España seremos los primeros en sentir sus convulsiones.